



LA PROMESA DE LA SOCIEDAD CIVIL

Por Kumi Naidoo y Rajes Tandon

Es cada vez más común ver a las organizaciones de la sociedad civil representadas en la mayoría de las conferencias internacionales, participando junto a sus gobiernos en discusiones que tratan sobre los principales problemas del día: sociales, económicos y medioambientales. Y éstas son justamente las manifestaciones más visibles de un fenómeno global en el cual, asociaciones inspiradas en la acción ciudadana, se han diseminado a través de millones de aldeas y comunidades dejando formas más democráticas de gobierno y, a raíz de ello, mejores condiciones sociales y de bienestar económico.

La idea y promesa de la sociedad civil se fundamentan tanto en su potencial como en las ejecuciones reales que ha producido hasta ahora. Estamos aprendiendo, a medida que avanzamos, cuál es nuestro papel apropiado y cómo podemos contribuir mejor al bien público. Nuestro mayor enemigo es la arrogancia y la noción de que una sociedad civil fuerte es un fin por sí misma, más bien que un medio por el cual la gente expresa su lado cívico en la empresa colectiva que todos compartimos.

Hace menos de una década, la sociedad civil era un concepto discutido por científicos sociales en el santuario de las torres de marfil. Ciertamente, si se consideran la asociación voluntaria y la autonomía de asociación como sus requisitos fundamentales, entonces había muy poca evidencia empírica de su existencia por fuera de un puñado de democracias. Aún entonces, se hacía referencia a ella como el tercer sector independiente, sin ánimo de lucro y voluntario. Estos términos son, generalmente, inocuos para los Estados cualesquiera sean sus disposiciones. En el Sur en desarrollo, surgió una forma especial de organización: la ONG, la cual se define más bien por lo que no es, que por lo que es. El término permanece hasta nuestros días firmemente establecido en nuestro léxico diario. Tal era el estado de la situación de la humanidad cuando se acercaba la última década de este milenio.

Entonces los muros empezaron a derrumbarse. Fue como si el señalamiento de un nuevo milenio condujera a la colectividad humana a exclamar bastante es bastante. El derrumbe literal de baluartes

autoritarios fue igualado por el despertar simbólico de impulsos democráticos en hombres y mujeres, desde Bangladesh hasta Bolivia y desde Uzbekistán a Uganda. El monólogo totalitario del autócrata fue reemplazado por una conversación global de ciudadanos.

La conversación que tiene lugar entre la gente, lo mismo que entre sociedades enteras hoy día, es realmente sobre el intento de determinar la manera más afectiva de crear una vigorosa y sostenible vida pública. La democracia, tan filosóficamente agradable como es en términos de las libertades que otorga a los ciudadanos, es quizá más importante debido a las responsabilidades que asigna entre los ciudadanos en conjunto e individualmente, y entre las instituciones que ellos crean para gobernar sus relaciones. Tan importante como es el ciudadano para la salud de una democracia, es también la manifestación colectiva de cada individuo sea en la forma del Estado, del mercado, o de la sociedad civil la que finalmente determina la salud de la vida pública. Lo que distingue estos últimos años del desvaneciente milenio de los centenares que lo precedieron es la ascendencia universal de la democracia -si no siempre en la práctica, al menos crecientemente en principio.

La conversación de hoy es acerca del papel adecuado o el balance apropiado del Estado, el mercado y la sociedad civil en la vida pública, particularmente en la definición del bien público y después en lograr su materialización. Esta no es una discusión limitada a las nuevas democracias, lo es también acalorada y apasionada en las antiguas.

El ciudadano en el centro

"El desarrollo humano es un concepto amplio y perceptible. Cubre todas las opciones humanas en todas las sociedades y en todos los estados de desarrollo. Amplía el diálogo sobre el desarrollo de una discusión de meros medios (crecimiento del PIB) a una discusión de fines últimos. Trata tanto de la generación de crecimiento económico como de su distribución, de las necesidades básicas como del completo espectro de las aspiraciones humanas, de los dilemas humanos del Norte como de las carencias del Sur. El concepto de desarrollo humano no empieza con un modelo predeterminado. Obtiene su inspiración de las metas a largo plazo de la sociedad. Entrelaza el desarrollo alrededor de la gente, no la gente alrededor del desarrollo".

La sociedad civil no apareció intempestivamente como un reino de la interacción humana, sino que ha emergido a través de milenios en relación con la manera como las sociedades y sus miembros han estructurado sus relaciones para alcanzar propósitos colectivos. Dicho

de manera diferente, la sociedad civil no fue el resultado de algún equivalente público de la Inmaculada Concepción, sino más bien el resultado de una acción colectiva deliberada para promover los intereses de la sociedad y el bien público.

Probablemente se puede afirmar con seguridad que nosotros, como seres humanos, no empezamos en este mundo con un esquema compartido o una estrategia que nos guiara en común hacia un fin deseado. Sin embargo, a medida que nos aproximamos al nuevo milenio, parece que hemos llegado a un entendimiento común acerca de los varios factores que entran en la construcción de una vida pública saludable.

Creemos que, de hecho, hay una serie de valores y prácticas fundamentales -algunos podrían decir que universales- que han emergido en el transcurso de los siglos, que fundamentan este concepto de una vigorosa vida pública -o lo que muchos describen como un desarrollo humano sostenible. Reconocer que la sociedad civil tiene una distintiva dimensión normativa, que deriva gran parte de su contenido de los grandes filósofos y religiones del mundo, nos ayuda a situar mejor a la sociedad civil de hoy y su papel futuro en la vida pública.

Cuando se reduce el desarrollo humano sostenible a su esencia, trata sobre cómo los seres humanos crean una vigorosa vida pública y la sostienen en el tiempo, porque es capaz de encarar efectivamente los problemas de la sociedad y del desarrollo sostenible. El tema principal relacionado con la creación y sostenimiento de una vigorosa vida pública es encontrar el balance correcto entre Estado, mercado y sociedad civil en la toma e implementación de decisiones que afectan a los asociados. El debate actual en los países con estado benefactor o post-benefactor en el Norte, es acerca de los papeles de estas tres esferas públicas en la definición de las metas de la sociedad y, después, en la determinación sobre quién puede implementar mejor estos programas para obtener resultados.

La sociedad civil no es un fin en sí misma sino más bien el medio por el cual los ciudadanos adelantan y defienden sus intereses en la vida pública, a través de la acción colectiva. Como tal, la sociedad civil no es más fuerte que la gente que compone sus muchas y diversas asociaciones y manifestaciones institucionales. Por lo tanto, el primer atributo de una sociedad civil fuerte es una ciudadanía bien informada y activa, que participe en la vida pública por medio de las asociaciones que ella integra voluntariamente.

La sociedad civil está ligada conceptual y prácticamente a la promoción de la democracia, al buen gobierno, a un híbrido de los dos (gobernabilidad democrática) y, finalmente, al desarrollo sostenible. Como base de la sociedad civil, está el entendimiento de que es fundamentalmente un concepto político, que es lo que la distingue de otros términos muy usados hoy, incluyendo los de voluntario, independiente, tercero, filantrópico, sin ánimo de lucro o sector de la organización no gubernamental (ONG). Cada uno de estos términos describe una característica de la sociedad civil, pero ninguno de ellos proporciona la definición precisa. En resumen, la sociedad civil es un concepto político porque está asociada con el ejercicio del poder para adelantar y defender los intereses económicos, sociales y políticos de los ciudadanos.

Es por esta razón - el potencial para la acción política - que los gobiernos nacionales históricamente han intentado impedir la unión de los ciudadanos para hacer frente a sus problemas colectivos. Es también por esta razón que muchas de las organizaciones intergubernamentales, de propiedad de los gobiernos nacionales, han vacilado en apoyar y fortalecer a la sociedad civil. Y, finalmente, es por esta razón que los actores del mercado han apoyado las políticas regresivos, como también han evitado desarrollar actividades de colaboración con las Organizaciones de la Sociedad Civil, aun en los casos en que éstas hubieran beneficiado sus intereses económicos.

Ha sido este papel adverso, o para ponerlo más positivamente, la función contrarrestante, la característica que ha definido las relaciones de la sociedad civil con los actores del Estado y del mercado en el pasado. El nuevo contexto político que ha surgido, marcado por la democracia y la participación ciudadana, ha llevado cada vez más a plantear modos más armónicos de relación entre los sectores. Es la participación de la sociedad civil en la vida política, en ese estadio de la vida política en la cual se toman y ejecutan las decisiones que afectan a la sociedad, la que provee las condiciones para un desarrollo sostenible y una vigorosa vida pública.

En este concepto de desarrollo sostenible, la sociedad civil y sus organizaciones se convierten en socios legítimos y no en substitutos de las instituciones del Estado y de los actores del mercado. Por lo tanto, el tema principal en la formulación de una estrategia para promover y fortalecer la sociedad civil, es cómo hacer a la sociedad civil un socio legítimo y efectivo en los asuntos del gobierno, en el nivel local y más allá.